

¿Mamá, por qué no escribes un libro?, por Luisa Natalia Stuardo Figueroa (Chile)

—¿Hay personas monstruos?

—Sí, hijo. En la vida hay personas así. En mi opinión, no les llamo personas ni seres humanos; la moralidad no cabe en ellos. Son egoístas, fríos, tóxicos, oportunistas, narcisistas, calculadores, vacíos y amargados. Te darás cuenta porque necesitan figurar a través del discurso. Tienen una retórica admirable sustentada en argumentos vacíos, son muy invasivos y tienden a cerrar sus diálogos con un lenguaje soez. Se venden como un buen producto. Su energía está orientada en mantener tensión, dobles máscaras, trato humillante, tonos grises. Su equilibrio es el desequilibrio.

»Repiten su discurso tantas veces que muchos terminan creyéndoles. La repetición es un mecanismo eficaz. Si observas, nuestras vidas se reducen a ciclos de repetición. La diferencia está en que van a lograr que digieran su mensaje aquellos débiles, con surcos en sus rutinas. Fijarán sus objetivos en aquellos con colores vivos, que disfrutaban del arte, la risa genuina y vibran con buenas energías. Para ellos, esto es una ofensa, y procurarán aplastarlos para poder convivir con su desequilibrio.

»En el camino de la vida, nos olvidamos de que el placer y el disfrute se encuentran en la variedad. Estos monstruos terminan reduciendo al otro a seres de costumbre.

»Las vidas insignificantes de los "monstruos" se caracterizan por no lograr cosas nuevas, quedarse estacionados en el mismo lugar y las mismas amistades que son capaces de vender como esclavos cuando ya no les son útiles. Son miserables con posiciones que creen valiosas y de poder.

—Entonces concluyo que hay elementos reales y ficticios en su actuar y cuesta diferenciar ese contraste. Puedo deducir que el significado de la figura del monstruo en sí siempre es una metáfora para describir un problema humano. Hay depredadores, devorapersonas. Se posicionan como inmortales y casi imposibles de

matar. Al contrastarlos con la realidad, nos resuenan los de carácter tóxico que absorben la vitalidad. La figura del monstruo siempre va a buscar representar algo humano. Los horrores del día a día se suelen extrapolar a una figura que se deshumaniza, esto facilita su comprensión y ver el peligro. En la fantasía los vemos con sus garras y caras desfiguradas. Esto resulta más fácil que ver a uno igual a nosotros.

—Hay personas en esta sociedad heridas, con infancias saturadas de abandono paterno, malos tratos, desapego y vínculos maternos rotos. La pobreza de espíritu los lleva a lastimar a aquellos que, con solo mirarlos, logran desnudar su profunda amargura.

»Se asustan de algunos porque logran ver detrás de sus máscaras. Aunque la vida les compensó económicamente después de que tuvieron que luchar para compensar su abandono, no pueden dejar de lastimar a los que tienen lo que ellos no, y eso se llama amor. El amor es un ingrediente sutil e imperceptible de la conciencia, se irradia, deja huella. Nunca han podido sentirlo, por eso viven en la miseria que intentan ocultar detrás de autos y ropas costosas. Solo existen en sus mentes torcidas. En sus persecuciones y hostigamientos hacia otros, en el fondo están peleando contra su propia historia.

»Creen que no los pueden leer, pero sus padres no aparecen en su historia, las relaciones con su propio cuerpo tampoco, menos sus experiencias con la sexualidad.

»Sin empatía no hay curación. Los estudios indican que lo principal en la vida son los afectos, y esto se da en contextos interpersonales, en la familia. Somos lo que hacemos con lo que han hecho de nosotros.

»Te amo, hijo. Cuídate de los monstruos.